

# En Broma



Madrid 9 de Diciembre de 1892.

## ADVERTENCIA

¡La afición cunde! ¡Loado sea Apolo y sus hijas! Probado queda que lo de «fomentar la CRIA LITERARIA» no lo digimos á humo de pajas.

El exceso de original nos obliga á duplicar el número de páginas de nuestro «En broma», cosa que nos agradecerá, seguramente, el lector dado á la distracción honesta y barata.

## SUMARIO

*Oda inmoral*, por Fray Luis Peleón.—*Las cédulas*, por Díez de Cajada.—*Los pescadores del Cantábrico*, por José Luis de León.—*Bóhdos y Cometas*, por Esteban Marín.—*El casamiento*, por José Labastida.—*Carta telegráfica*, por Julio Arribas.—*A mi suegro en ciernes*, por Valentín Mouro.—*Telegrafista por afición*, por José Ibáñez Jaso.—*Charada*, por Julio S-govia.—*Geroglífico*, por *Un compañero*.—*Soluciones*.—*Telegramas en lista*.—*Postdata*.

## ODA INMORAL

¡Qué descansada vida  
la del hombre político atrevido  
á quien nada intimida,  
y al subir su partido  
pilla al fin el sillón apetecido!

Que no le enturbia el pecho  
que ande su dirección hombro por manga,  
y torcido ó derecho,  
por no soltar la ganga,  
dirige la batuta en su charanga.

No cura que la fama  
cante jamás su nombre pregonera,  
y mientras se encarama,  
con lengua lisonjera  
al que manda le adula placentera.

¿Qué importa que la gente  
le vea con el dedo señalado,  
si en busca del presente  
anda desalentado,  
con ansias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh poder magno y pío!  
¡Presupuesto seguro y deleitoso!  
De mi deber me río,  
y huyo en vuestro reposo  
de reformas el mar tempestuoso.

Un no rompido sueño  
mientras venga la crisis pido y quiero...  
No quiero ver el ceño  
vanamente severo  
de á quien la sangre chupo... y el dinero.

Por monte y carretera  
hay plantado en España mucho poste,  
y aunque otra cosa quiera  
y mande el *gran pi eboste*,  
se caen... sin decir oxe ni moste.

La eléctrica corriente  
el oxidado alambre va invadiendo,  
pero suavemente  
se va desvaneciendo  
y en la tierra feraz se va perdiendo.

Los *reporters* reniegan...  
La prensa espera en vano noche y día  
despachos que no llegan,  
y gritan á porfía,  
armando una infernal algarabía.

Y mientras miserable-  
mente se van las líneas acabando,  
yo, con sed insaciable  
de posición y mando,  
tendido en mi poltrona voy cobrando.

Muellemente tendido  
al sol que más calienta, estoy echado,  
puesto el atento oído  
al son dulce, acordado  
de las gaitas que al jefe le he templado.

FRAY LUIS PELEÓN.

## LAS CÉDULAS

¡Dios sea loado!

Por fin nos han dado cédula de á peseta.

La habilitación, esa madre cariñosísima cuyos cuartos nos entrega mensualmente, se ha servido repartirnos el célebre papelito para que lo llenásemos, sin decirnos de qué.

¡Y vaya, con la satisfacción que produce eso de poder dirigirse piropos oficiales á sí propio!

Porque, realmente, resulta tentador eso de tener que llenar el rengloncico que dice, por ejemplo, *profesión...*

Vamos, que hay muy poquitos que se resistan.

Dígalo si no D. Heliodoro, no el *activo*, sino Penéquez, que salió del paso poniendo: Profesión: «Jefe de la Sección 5.<sup>a</sup> de la Central de Telégrafos de Madrid.»

Para poner todo lo cual tuvo que añadir á la cédula una hojita de papel Layana.

¡Y poco que caviló el buen señor resolución tamaña antes de llevarla á cabo!



Por la mañana, y recién levantado, se lió la toalla á a cabeza, se puso unas botas de su señora, que calza bastantes puntos, y sujetándose los calzoncillos con un timbre móvil que tenía á medio uso, dirigió una furibunda mirada á un cuarto de luna que pasa por espejo y exclamó:

—¡Yo lo pongo!

Y, á renglón seguido, llamó á su señora, que se entretenía en enseñar el «Trágala» á una marica lánguida, regalo del Jefe de reparaciones.

—¿Qué te ocurre, *Helio*?

—¡Que lo pongo, *Robus*!

—¿Qué pones, qué?...

—Lo del Jefe de la 5.<sup>a</sup>

—De la quinta...

—No, mujer; de la sección 5.<sup>a</sup>

—¡Pues ya lo creo! ¿No pone D. Lesmes, el del tercero derecha, Interventor interino de la nave de *sucios*?

Y lo puso. ¡No faltaba más!

¿Les he dicho á ustedes lo que puso Iglesias?  
Profesión: «Historiador científico y Oficial supernumerario.»

\*\*\*

¡De cuántas molestias nos libra la benemérita habilitación con la cédula!

Mire usted que resulta pesado eso de andar en peregrinación detrás de ella.

—Oiga usted, guardia, ¿dónde se expenden las cédulas?

—Le diré á usted. Como expenderse, no lo sé de cierto; pero en el 7 de esta calle andan en el ajo.

Corriendo al ajo del 7.

—¿Es aquí dónde se expenden las cédulas?

—Oiga usted, cabayero, ¡já la cola!

—Pero, ¿es aquí?

—¡Me parece!

Y no hay más remedio que guardar cola.

Pasan dos horas, le toca á usted el turno y comparece usted ante el caballero encargado de la expedición.

Los hay que parecen perros de presa con cuello de pajaritas.

—Buenas tardes—dice uno con la timidez natural.

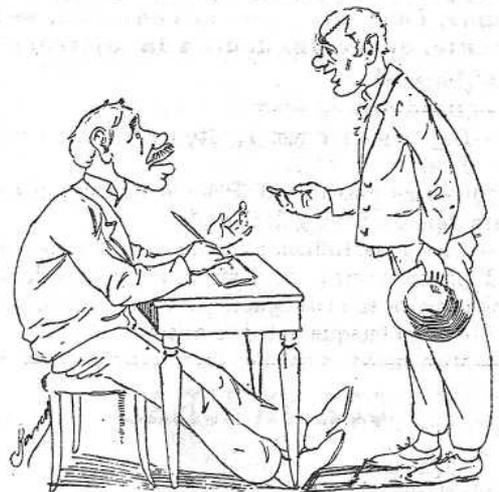
—¡*Guau*!

—¡Muchas gracias!

—¡*Guau, guau!*... ¿usté?

—¿Que cómo me llamo? Paco Pérez, es decir, y usted dispense; Francisco de Asis Pérez Gatiabierto.

—¿*Guau guau... ote?*



—No, señor, no es mote; soy Patiabierto por parte de madre.

—¿*Hum?*...

—De Madrid, provincia de *Idem*... Sí, señor, debe ser una provincia muy grande.

¿*Hum?*...

—Treinta años... ó la vida de un jugador... ¡Jé, jé!..

—¿*Guau?*

—Usted perdone, treinta años... Viudo... ¿Que si estoy seguro? ¡Desgraciadamente!

—¡*Hum!*... ¡*Guau!*... ¡*Hum...*, *guau...*, *guau!*

—¡Pero, hombre de Dios! ¿He de traer á cuestras la fe de viudo?

No, no se incomode usted. Ya la traeré mañana... ¡Beso á usted la mano! ¡Usted dispense, servidor de usted...

Y tiene usted que salir pidiendo socorro y un antirábico.

\*\*\*

Sólo he conocido uno de estos caballeros, que era el colmo de la amabilidad.

Se llamaba D. Plácido Enhorabuena, era de Cantalapedra, tenía cincuenta y tres abriles y gastaba tirantes y terno de lana dulce en todo tiempo.

Aquel angel de Dios se extasiaba despachando, ó según él, sirviendo á los concurrentes á su oficina de documentos acreditantes de la personalidad.

Yo le ví una vez derretirse en atenciones ante una tripicallera.

—A los pies de usted, señora.

—¿Me quíe usted dar eso, ú sí?

—¡Con alma y vida!... ¿Cuál es su gracia?

—Liviana Carrillera.

—¿Carrillera de qué?

—¿Me está tomando el pelo?

—Señora, ¿usted no ha observado que fumo con tenacilla? El hombre que hace esto es incapaz de faltar á una señora. ¡Fíjese usted en mi físico! Le pregunto el otro apellido.

—*Se inora*. A mí me llaman la Gallinejas; pero eso es guasa viva, ¿sabe usted?

—Está bien.

—¿Qué ha de estar bien, hombre de Dios?

—¿Edad?

—Cincuenta y siete *pa* San Martín.

—¿Estado?

—¡Hombre, á mi edad!...

—Digo que si es usted soltera, casada ó viuda...

—Pues... la verdá...

¡Qué más deseaba D. Plácido que una ocasión así para demostrar su galantería!

—¡Oh, comprendido, comprendido! ¿Le parece á usted que busquemos una fórmula que, con delicadeza, nos permita salir del paso?

—Por mí busque usted lo que quiera.

—Mire usted: «Estado: *¡vacilante!*...» ¡Beso á usted los pies!

—¡¡Qué guarro!...

VICENTE DÍEZ DE TEJADA.

1 Diciembre 92.

## BÓLIDOS Y COMETAS

(DELIRIOS DE UNA NOCHE DE INVIERNO)

Aquello era el *disloque*, como dicen los *chuli-castizos*, ó la *débacle*, como han dado en decir los *cur sígalos*.

Por la ex puerta de San Vicente, por la otra ex puerta de Atocha y por todas las ex puertas de Madrid, salían los telegrafistas á *espuertas*.

Había llegado la de «vámonos», ó la de «por la puerta se va á la calle».

«El Director general había *acreditado ante la Empresa del ferrocarril de...*» todas partes á casi todo el personal de la Central.

Los solteros llevaban sus equipajes en calcetines, pendientes de bandoleras de balduque. Los casados llevaban los bastones «armas al hombro», y de las *armas* colgaban sacos de lona más ó menos voluminosos, según *los posibles* de cada cual.

Los pequeñuelos, descendientes de toda aquella tribu errante, mordisqueaban, mezclado con sus lágrimas y con algo más glutinoso, el *pan de la emigración*, falto de peso como los demás panes.

En todos los semblantes se leía la más amarga desesperación.

De todos los labios salían, se desbordaban, los improperios y las frases malsonantes como: ¡Porra! ¡Cipote! ¡Recontra! ¡Carámbano! ¡Pijota!... y otras, como dice la gramática de la Academia en su lacónico, pero terrible compendio.

¿Cuál era la causa de tanto duelo, de infortunio tanto?

El Jefe del Personal había vaciado el *cajón de los pases* sobre las indefensas cabezas de su grey. El fuego del cielo había llovido y ¡ya escampaba!

En la sala de espera de la estación del Norte despedí á cincuenta y tantos amigos que iban á Galicia y Asturias á trabar conocimiento con el *pote*, el *cache-lo* y la *borona*.

A tiempo que *se me escavaban* por la del Mediodía otros tantos compañeros con la esperanza fija en los boquerones, la caña y los tomates andaluces.

¿La causa de esta nueva *expulsión de los moriscos*? ¡Una tontería!

Aquel señor era feo por parte de padre. Un periódico profesional publicó su retrato á la cabeza de un bombo disparatado. Verlo en la Central y exclamar en el gabinete de aparatos los chicos del turno: ¡Jesús, qué feo!, todo fué uno.

Y el periódico pasó de mano en mano, y todos convinieron en que era feo como un coco.

—¡Indisciplina! ¡Insubordinación! —vociferaba el agraviado.

—¡Con un personal tan levantisco es imposible gobernar! —apuntaba el *segundo jefe* jugando «á los subsecretarios».

Y todos fueron trasladados para aplacar la cólera de aquel Jove tan feo. Todos no. Quedaron los redactores de aquel periódico que encabezaba todos sus artículos con estas palabras: «El bellissimo, el simpático, el elegante, el arrebatador cuanto pudoroso y casto D. Fulano, nuestro digno é incomparable jefe...»

Volvía yo de la estación, á donde fui con el objeto indicado, y volvía diciendo para mi capote:

—A mí no me trasladarán, porque yo no he dicho que es feo. ¡Dios me libre!

Pero, ¡tate! ¡zapel! y otras, como ya he dicho, que dice el *Epítome*, en su terrible *laconismo*; sobre mi mesa de escribir había un sobre, y dentro de él la cartulina en la cual... «se me acreditaba ante la Empresa del ferrocarril de Madrid á Vigo.»

—¡Pero, Dios mío! ¿Me has oído tú decir que es feo? —exclamé dirigiéndome, á la vez, al Ser Supremo y á mi *compañera* de armas y bagajes.

—¿Quién?—preguntó mi esposa.

—¡El! ¡El jefe del personal!

—No he oído nada.

—Pues nos mandan á Vigo, donde iremos si no consigo que brille mi inocencia...

—¡Pues, apaga y vámones!—dijo mi señora, resignada.

El Ilmo. Sr. D. Javier Blanco, Director general de Comunicaciones, me había demostrado alguna simpatía, y á su despacho me fui á pedir misericordia.

—¿Está el Sr. Blanco, Director general?

—El Sr. Rubio, querrá usted decir—rectificó el portero.

—Blanco. Estoy seguro.

—Ese señor dimitió ayer. Hoy manda D. Javier Rubio.

—¡Caramba, que contrariedad!

Busqué una recomendación para el Ilmo. Sr. Rubio, y volví á abordar al portero de la Dirección.

—¿Está en su despacho D. Javier Rubio?

—D. Javier Moreno, querrá usted decir. El señor Rubio dimitió esta mañana.

—¡Caramba! Espere usted; ¿pues no era el señor Blanco el que dimitió?

—Eso fué anteayer. Después del Sr. Blanco vino Rubio, y ahora Moreno.

Atolondrado, bajé las escaleras de la Dirección, murmurando:

—¿Pero, qué es esto? Blanco, Rubio, flores de un día... y tropecé en la puerta con un amigo mío, intrigante él, que me abrazó y me dijo:

—¡Chico, estamos de enhorabuena! Acaba de caer Moreno. ¡¡Entra Rojo!!

.....  
En un mes había cambiado de jefe treinta y siete veces la Dirección de Comunicaciones.

Al entrar de guardia, preguntábamos á los salientes:

—¿Quién manda hoy?

Y nos contestaban poco más ó menos:

—Esta mañana ha estado Pardo; pero creo que á las siete entrará Castaño...

—Pues, señor—decía yo—cuando se acabe el *materiale de repuesto*, que se acabará pronto á este paso, ¡quién sabe si me nombrarán á mí por no haber ya de quién echar mano!

Y dicho y hecho:

Me llamó el Ministro y me dijo:

—Vamos á ver, Marín, si usted me arregla ese cotarro. ¡Mucho ojo con el reglamento que se trae usted!

—¡Pero... si yo no me traigo nada absolutamente!

—No importa. Eso se hace enseguida.

—¡Pero si no soy Diputado, ni...

—¡Que no importa, digo! Aquí nos hace falta un hombre de buen humor, y nada más. De otro modo, á las dos horas les entra el *spleen* y se aburren todos y quieren irse y se van. Ya ve usted Blanco, Rubio, Moreno, Rojo, Pardo, Castaño..

.....  
Acababa yo de tomar posesión y echaba mis cuentas.

—No, pues lo que es á mí nadie me quita lo menos un mes de sueldo de á 50.000.

Cuando entró una comisión de señores graves y me dijo el que usaba mal que bien de la palabra:

—Venimos *en comisión* á visitar á V. I...

—¡Hombre, hasta para eso van ustedes *en comisión*!

—Es un servicio extraordinario...

No hubo más remedio. Se volvieron *en comisión* como habían venido.

Entraron después varios caballeros de distinta edad y catadura.

Uno de ellos depositó sobre mi mesa un papel muy resobado y grasiento, y dijo con gravedad teatral:

—¡Ahí va eso!

—¿Y qué es ello?—pregunté.

—¡La Biblia!

—¿Cómo la Biblia?

—Quiero decir, que es cosa rica. ¡La gloria para usted! ¡Para nosotros una semiobscuridad modesta! ¡Para el Cuerpo, un cuerno...!

—¡Cómo!

—Un cuerno de la abundancia.

—¡Ah! vamos, sí, un reglamentito, ¿eh?

—Cabal. Lo ha escrito este cura, y no hay más que decir.

—¡Olé mi niño!

—¡Eso! Pero no se fie usted de nadie... ¡Hay mucho pillo! ¡Mucha podredumbre, muchísimo lodo revuelto con *ssssangre*, muchísima ambición fermentando en íntima mezcla con las pasiones más bajas é inmundas, muchísimo!...

—Muchísimo memo, sí; pero, vamos á ver: ¿mejoran los sueldos?

—Eso no es posible.

—El porvenir...

—Tampoco es posible.

—Bueno. Pues llévese usted el cuerno.

—¡Qué escucho!

—Sí. Ese cuerno de la abundancia no me sirve.

Y aquellos caballeros salieron arrastrando los zapatos acompasadamente como salen de escena los tenores de ópera, y diciéndose en voz baja unos á otros:

—¡Le han hablado!

—¡Le han *preparado*!

—¡Nos han calumniado!

—¡Los infames! ¡Los canallas! ¡Los viles!

Total: que me amosqué, y fui y le dije al Ministro:

—¡Yo me voy!

—¡Cómo!

—¡Que me voy, ea!

—¡*Tu quoque*!

—Sí; yo *quoque*.

—Pero hombre, ¿me quiere usted explicar qué es lo que pasa en ese cuerpo de los demonios?

—Vaya si quiero. Mire usted...

.....  
*Mi criada*.—Señorito, las siete.

*Yo despertando*.—Me ha s fastidiado. ¡Ahora que le iba yo á explicar al Ministro!...

*El lector*.—Pero, ¿y los bólidos?

Los bólidos son los trasladados *por razón del servicio*. Los lanzan, echan chispas por el camino, y luego ¡plaf! se estrellan. Los *cometas* son los Directores generales. Pasan *pist... pist*, se les vé un momento y desaparecen.

Algunos traen cola.

ESTEBAN MARÍN.

## Los pescadores del Cantábrico (1)

¡Campanas de la aldea,  
triste tañido  
que rueda por los aires  
como un gemido!  
Con vuestros sonos  
inundáis de amargura  
dos corazones.  
Esa voz que repiten  
los campanarios  
dejan miedo en los valles  
más solitarios.  
Son los dolores  
y las penas que pasan  
los pescadores.  
Ya no queda al marino  
ni una esperanza;  
ruge el mar, y la nube  
súbita avanza...  
¡Pobres criaturas!  
¿Quién será el que mitigue  
sus amarguras?  
Oscura está la noche,  
medroso el cielo;  
bajo manto de estrellas  
siniestro velo...  
¡Cuántos afanes  
cuando azotan las jarcias  
los huracanes!  
Hay un mar proceloso,  
bravo y salvaje,  
que amenaza de muerte  
con su oleaje;  
y una barquilla  
donde van los que buscan  
la ansiada orilla.  
Los de tierra que observan  
la mar bravía,  
dicen, dando á sus rezos  
nota sombría:  
¡Si aliento tienen,  
los traerán esas olas  
que van y vienen!  
¡Cuánto luto en la costa!  
¿Quién no desmaya?...  
Las campanas doblando  
junto á la playa...

Sólo hay misterio  
en el triste camino  
del cementerio...  
.....  
.....  
Llega el alba, y alumbrá  
montes y prados;  
se despejan los cielos  
de sus nublados:  
los ruiseñores  
dan al aires sus trinos  
encantadores.  
.....  
.....  
Quedan ¡ay! las campanas  
tocando á muerto:  
las familias con hambre...  
¡Todo desierto!  
Y en el abismo  
jesa tumba ignorada  
del heroísmo!

JOSÉ LUIS DE LEÓN.

Ferrol 30 Noviembre 92.

## EL CASAMIENTO

(UNA OPINIÓN)

Cuadro triste y peregrino  
que á un hombre le entierra en vida:  
dos testigos, un padrino,  
la imagen del Sér Divino,  
dos víctimas y un suicida.

Un cura, que allí presencia  
el crimen que sin razón  
comete el hombre á conciencia,  
llevado por la demencia  
de irresistible pasión.

¿Del castigo se redime  
que merece el criminal?  
No, que la ley no le exime  
del yugo que más oprime:  
«¡el lazo matrimonial!»

Sufre su terrible pena,  
porque ese lazo tan vil  
truécase luego en cadena,  
y á la muerte le condena,  
pero á la muerte... civil.

Muéstrasele el cielo mudo  
si de arrepentirse trata  
(aunque ponga por escudo

(1) Escrita con motivo de un naufragio en las costas de Ferrol.

su suegra), pues ese nudo...  
ni el mismo Dios lo desata.

Sólo cuando llega el día  
de su muerte, resignado  
muere, pues con alegría  
se pregunta en su agonía:  
¿Dejaré de ser casado?

JOSÉ LABASTIDA.

## CARTA TELEGRÁFICA

*Entronque* de mi existencia,  
*alma* de todo mi sér,  
permite á un *telegrafista*  
cante cual hace el *parleur*.

*Derivación* de mi vida,  
*corriente* de mi querer,  
que al orbe das *punto y raya*  
cual *fluidica* mujer.

*Chispas* despide tu boca,  
*rayos* tus ojos, mi bien,  
y esa *corriente* de fuego  
*debilita* mi poder.

Serán tus *indicaciones*  
la *línea* que seguiré,  
*transmitiéndote* en miradas  
el amor que yo soñé;  
que es de tal *intensidad*  
y de tal *potencia* es,  
que estoy flaco como un hilo  
y me *debilitaré*

si no das alguna *espera*,  
en prenda de tu desdén,  
á este pobre *funcionario*,  
*aspirante* de tu Edén,  
que se mata *recibiendo*  
como toro en redondel.

Deja que *cierre el circuito*,  
por siempre jamás, amén,  
en nombre de Dios, el cura,  
postrados ante sus pies;  
y cuando *inducidos* ambos  
por la *tensión* del querer,  
nos *transmitamos* las penas  
del *aislamiento* de ayer,  
entonces te dará un *signo*  
en tu boquita de miel  
quien te adora con el alma,  
tuyo por siempre,

Manuel.

.....  
.....  
Formados así *dos polos*  
de un hombre y una mujer,  
las *corrientes* que produzcan  
en la *pila* darán fe.

Por la copia,

JULIO ARRIBAS.

Caravaca 28 Marzo 1891.

## Á mi suegro en ciernes

¡Por el cielo, don Manuel,  
no sea usted tan tirano,  
mire que yo sufro mucho,  
mire que yo estoy muy malo,  
y voy á estirar la pata  
el día menos pensado  
por tanto y tanto disgusto  
como usted me viene dando!  
¿Por qué me odia usted así?  
Yo soy un chico simpático,  
fino, elegante, instruido,  
muy bien educado, guapo,  
—no tan *guapo* como usted,  
pero *guapo* al fin y al cabo—  
y además, *Telegrafista*,  
carrera muy buena, aun cuando  
á usted le ataca á los nervios  
por eso de los *telégrafos*.  
¿Es justo que, porque á usted  
le haya yo sido antipático,  
solo por el pueril hecho  
de que estoy enamorado  
de su bellísima hija,  
vaya por ahí propalando  
que no sirvo para nada,  
y que soy un mamarracho,  
y que no tengo vengüenza  
ni otras cosas que me callo?  
No señor, esto no es justo,  
y nadie dará su aplauso  
á esa abierta oposición  
de que usted me hace á mí blanco.  
Aunque soy *Telegrafista*  
—sin destino—los *telégrafos*  
dejaría, porque á usted  
le irritan; pero es el caso  
que solo en usted consiste  
que los deje, y, sin embargo,  
de su parte nada pone

para que quede arreglado  
asunto tan importante  
como es el que estoy tratando.  
¿Por qué no permite usted  
que su hija y yo nos veamos,  
un ratito por la tarde  
y por la noche otro rato?  
¿Por que no le da la gana?  
¡Esto se llama ser franco,  
y ante argumento tan sólido  
tendremos que doblegarnos!  
Mas sepa, para que no  
pueda usted llamarse á engaño,  
que como su hija me quiere  
y como yo la idolatro,  
cualquier día, ¡cataplún!  
sin andar con más preámbulos  
nos marchamos á la iglesia;  
y aun cuando se openga el diablo  
y usted con él, don Manuel,  
viene el cura y nos casamos.  
Sí, señor; pues bien no está  
que por un descabellado  
empeño, como es el suyo,  
su hija de usted y yo suframos,  
ni que vivamos solteros  
cuando queremos casarnos.

¿Qué tiene usted que alegar  
en contra mía? Sepamos.  
Me contestará usted que  
soy un hombre que no gano  
para mantener esposa.  
Es muy cierto, ¡á qué negarlo!  
Hoy por hoy no gano un céntimo,  
porque estoy cesante y... ¡claro!  
pero el día de mañana  
las cosas habrán variado  
y ganaré, sí, señor,  
ganaré *manipulando*,  
para mantener esposa,  
en telégrafos más prácticos  
que *esos* que á usted, don Manuel,  
le ponen tan irritado.  
Tocante á lo de canalla  
y pedante, no hago caso,  
porque hay personas que abonan  
mi conducta, y por lo tanto,  
que usted me quite el pellejo  
me tiene muy sin cuidado.

Créame usted, don Manuel,  
cese en capricho tan raro  
y ya que ella y yo queremos

¡deje usted que nos queramos!  
¿No se conmueve al pensar  
que en tiempos no muy lejanos  
podría usted tener nietos,  
más ó menos agraciados,  
que con caricias y mimos  
le sacarían los cuartos,  
y abuelo le llamarían  
y, á veces, otros vocablos  
impropios de gentes cultas,  
pero propios de muchachos?  
Vamos, que sí, no lo niegue,  
porque no puede negármelo.  
¡Se le cae á usted la baba  
solamente de pensarlo!

Ceda usted, yo le querré  
mucho, quizá demasiado,  
como á un suegro de esos suegros  
que andan por ahí tan escasos,  
y que á sus yernos consienten...  
lo *inconsentible*, dejando  
la inclemente autoridad  
de padre y de suegro á un lado.

A su hija la querré siempre  
como de recién casados,  
y para poder llevarla  
como ajusta á sus encantos,  
trabajaré como un negro,  
robaré si es necesario,  
pero satisfaré todos  
sus gustos, tarde ó temprano.

Todo esto haré, sí señor,  
todo esto haré; pero en cambio,  
¡por el cielo, don Manuel,  
no sea usted tan tirano,  
mire que yo sufro mucho,  
mire que yo estoy muy malo,  
y voy á estirar la pata  
el día menos pensado,  
por tanto y tanto disgusto  
como usted me viene dando!

VALENTÍN MOURO.

## Telegrafista por afición

Yo tengo grande afición  
á manejar *el martillo*,  
y gozo como un chiquillo  
al llamar á una estación.

Y si el de *allá* es buen muchacho  
y no se *admira* y me asusta,

jes atroz lo que me gusta  
el transmitirle un despacho!

Así que, el favor mayor  
que yo puedo recibir,  
es dejarme transmitir  
un despacho por favor.

Y es tal mi entretenimiento  
al estar en la estación,  
que aunque me digan melón,  
si transmito estoy contento.

Estando sin trabajar,  
porque no existe servicio,  
me hacen un gran beneficio  
si me empiezan á llamar.

Los *ter ter* al escuchar  
en acústico ó aparato,  
me proporcionan un rato  
imposible de igualar.

La idea me vuelve loco  
de ser temporero aquí,  
de balde. ¡Así como así  
ellos no cobran tampoco.

JOSÉ IBÁÑEZ JASO.

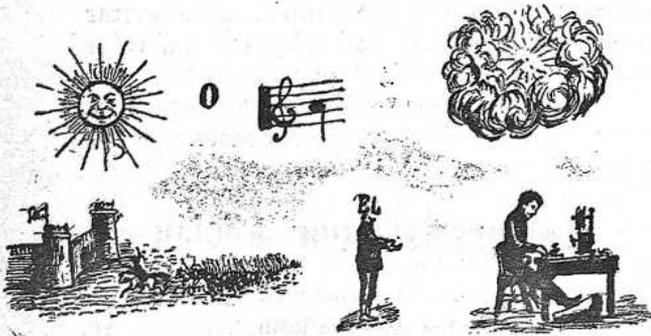
Teruel.

### Charada

A mi *prima* repetida  
con la *prima dos* mandé  
buscar el *prima dos terciá*  
de *prima segunda tres*.

JULIO SEGOVIA.

### Geroglífico



## SOLUCIONES DEL NUMERO ANTERIOR

### Á LA CHARADA

A-pa-ra-to.

### AL GEROGLÍFICO

«Para carrera lucida, la nuestra. A los ochenta años  
disfrutamos casi dos mil quinientas pesetas de haber»

### Telegramas en lista

Sr. D. J. L. de L., Ferrol.—Recibida preciosa com-  
posición, que publicamos con gusto, y amable carta  
á que contestamos particularmente.

Sr. D. J. L., Barcelona.—Usted versifica ¡oh joven!  
¡Ojalá pudiera decir de todos lo mismo!

Sr. D. V. M., Madrid.—¡Hombre! ¡Usted también!  
¡Tu quoque! Se publican.

Sr. D. R. R. M., Torrelavega.—No hay inconve-  
niente. Te mando los clichés.

Sr. D. A. M., Cádiz. - Se publicará con *monos*.

Ventura.—Madrid.—Usted solo es quien *desafina*  
esta decena; y de qué modo ¡oh dioses! No escriba us-  
ted ni á su familia.

### POSTDATA

En el número último, en la composición «¡Que le den  
los 9!» se cometieron las siguientes erratas:

- 1.<sup>a</sup> El adjetivo *displicente* se convirtió en *supli-*  
*cante*.
- 2.<sup>a</sup> Una línea más abajo de la en que ocurrió esto  
se omitió un verso completo.

Subsanados estos errores, queda la composición del  
siguiente modo:

.....  
 .....  
 El respondía con guiños  
 y continuaba su marcha  
 orgulloso y displicente,  
 dejando á las desgraciadas  
 despechadas, aun estando  
 de pechos á sus ventanas  
 .....  
 .....

M. Romero, impresor, Tudescos, 34.

TELEFONO 875